

Confrontación Sacerdotal

Lo esencial, para no retornar a la ley de la selva, consiste en renunciar a hacer justicia con nuestras propias manos. Y puestos en el camino de la justicia, el primer deber exige nombrar a los inculpados; el segundo, especificar los cargos a cada uno de ellos; el tercero, probarlos. De lo contrario se estaría pidiendo a la autoridad que sancionara sin juicio, o a la justicia que penara a un grupo sin determinar sus miembros, o que se aplicara a cada uno de ellos una lista de cargos que parece ser el resumen de lo que diversos individuos habrían realizado.

por
IGNACIO
PEREZ

EL DOMINGO 2 DE AGOSTO los matutinos de la capital reprodujeron dos largas declaraciones, una de sacerdotes y otra de laicos. Algunos diarios las agruparon con un mismo encabezamiento, dejando una primera impresión de que serían coincidentes o semejantes, lo cual no es del todo exacto. "La Prensa" titula a ambas: "Sacerdotes y católicos laicos dieron dos declaraciones acerca de la situación actual en la iglesia argentina". Este último es, en realidad, el tema de la primera declaración, pero no de la segunda sino en forma indirecta. La "situación actual en la Iglesia" es un tema demasiado profundo para que sea analizado por un grupo de laicos, algunos de los cuales parece que no están muy interiorizados de sus problemas. "La Nación", por otro lado, se inclina por dar relieve a la declaración de laicos. Al encabezamiento ("Declaraciones acerca de hechos de violencia") añade: "Un grupo de sacerdotes... dio a conocer una declaración referente al asesinato del ex presidente provisional, teniente general Pedro Eugenio Aramburu y a la actitud de la Iglesia argentina frente a ese hecho". Esto tampoco es exacto. El asesinato del teniente general Aramburu ha sido la ocasión, el motivo de la declaración de sacerdotes; el planteo central, en cambio, es más de fondo, acerca de la concepción teológica de la Iglesia. "Clarín", por su parte, después de un sucinto resumen de la de sacerdotes, titula así la de los laicos: "Numerosas personalidades dieron a conocer un documento apoyando a la Jerarquía". Estas palabras van más allá de lo que el mismo matutino dice a continuación: enumera los temas centrales y el

apoyo a la Jerarquía viene en último lugar. Más aún, leyendo atentamente la aclaración no se encuentra una sola frase de apoyo explícito a la Jerarquía. Hay, incluso, una exigencia, un planteo; las últimas palabras suenan casi a una amenaza: habrá adhesión si se toman, contra los sacerdotes del Tercer Mundo, las graves y dolorosas medidas que preconiza el documento. ¿Por qué se lo ha titulado, entonces, "de apoyo a la Jerarquía"? Todo esto nos debe hacer pensar sobre la forma en qué serán utilizadas dichas declaraciones, si ya nacieron a la luz pública suavemente digitadas.

LA SUPOSICION MAS OBVIA...

La primera, la de mayor trascendencia y contenido, dirige su ataque a un grupo de sacerdotes, omitiendo nombres personales o grupales. El lector, sin mucho esfuerzo de imaginación, pensará inmediatamente en los del Tercer Mundo, mencionados explícitamente en la de laicos. Pero la suposición más obvia no es siempre la más segura. El documento se refiere a por lo menos dos grupos de sacerdotes: 1º) "Desde hace unos años, un grupo de sacerdotes, cada vez más numerosos, de diversas jerarquías y ubicados en todas las latitudes, se hallan empeñados en cambiar la imagen de la Iglesia". Se los acusa, prácticamente, de no dejar en pie ningún dogma. 2º) "Todo lo que acabamos de señalar —expresan más adelante— es sumamente grave. Pero no es lo peor, sin embargo. Porque ocurre que desde hace muy pocos años ha irrumpido en nuestra vida argentina, como en otros lados de

América y del mundo, otro tipo más avanzado, todavía, de sacerdotes". Y podríamos añadir: 3º) Un sector de sacerdotes delincuentes, por supuesta instigación o encubrimiento de delitos. Esto parecería deducirse de un párrafo de la introducción donde se dice que se ha llegado hasta la apología misma del crimen, y si bien no mencionan todavía explícitamente a "grupos de sacerdotes", el contexto lleva a ello: "¿Qué pasa con nuestra Iglesia argentina?"...

¿En cuál de estos grupos estarían ubicados los del Tercer Mundo? Los sacerdotes pertenecientes a dicho movimiento protestarán si se los pretende incluir en el primero, con la frondosa lista de herejías que podrían quedar reducidas a dos puntos: negación de la constitución jerárquica de la Iglesia y de su magisterio supremo. Nunca han negado, en principio, la constitución jerárquica de la Iglesia y si en algún sitio han entrado en conflicto con el obispo, se han mostrado dispuestos a acatar la palabra definitiva de la Santa Sede a la cual habían apelado. Y no sólo no niegan el magisterio de la Iglesia sino que lo citan constantemente, sobre todo las encíclicas sociales, el Vaticano II, los documentos de Medellín y la declaración de los obispos argentinos del año pasado. Se negarán, también a ser incluidos en el segundo grupo, el "más avanzado", el que "se halla embarcado al servicio del marxismo". En diversas declaraciones han manifestado que están convencidos de la radical oposición ideológica entre marxismo y cristianismo. Y mucho menos admitirán que se los vincule a crimen alguno: "Sólo los que conocen de cerca al Padre Carbone —manifectaron—, los que valoran su espíritu religioso, su caridad, su serenidad, pueden medir lo absurdo que es suponer su participación en un hecho delictuoso". En resumen, acusaciones gravísimas de un grupo de sacerdotes contra otro u otros grupos de sacerdotes, que son rechazadas por los que supuestamente pertenecerían a alguno de dichos grupos: los del Tercer Mundo, han creado una verdadera ansiedad y expectativa en el Pueblo de Dios.

UN ESTILO INDIRECTO

Los firmantes del documento concluyen con estas palabras: "Dejamos constancia de que hubiéramos deseado no tener que hablar mal de nadie, ni siquiera indirectamente". El problema reside en que se trata de una acusación pública, y el estilo que corresponde, entonces, no es el indirecto, porque éste da cabida a cualquier tipo de cavilaciones y sospechas. Si se tratara de un sermón, podría hablarse in-

directamente, de modo que "el que sea cofrade que tome candela". Pero en una acusación pública se deben dar nombres y apellidos. Eso lo exige el honor de todo sacerdote, para que sobre ninguno quede pesando la sospecha de herejía. Lo exige también el honor de todo hombre, cuando la acusación se refiere a un delito.

Lo más importante de la acusación es su carácter de denuncia pública. Y tanto la ética como la legislación argentina tienen mucho que decirnos sobre esta forma de actuación. Hasta el mismo general Onganía —cuya probidad sobrevivió al naufragio de su actuación política— fue acusado públicamente de haber planeado o causado o tolerado el crimen de Aramburu. Fue así cómo la justicia debió encarrilar reacciones emocionales que no se ajustaban a derecho. Y en el presente caso no parece que quede otro camino que el de la justicia, civil para los delitos y eclesiástica para las desviaciones doctrinales. Lo esencial, para no retornar a la ley de la selva, consiste en renunciar a hacer justicia con nuestras propias manos. Y puestos en el camino de la justicia, el primer deber exige nombrar a los inculpadados; el segundo, especificar los cargos a cada uno de ellos; el tercero, probarlos. De lo contrario se estaría pidiendo a la autoridad que sancionara sin juicio, o a la justicia que penara a un grupo sin determinar sus miembros, o que se aplicara a cada uno de ellos una lista de cargos que parece ser el resumen de lo que diversos individuos habrían realizado. Por último, al acusar públicamente, no se debe olvidar el riesgo de ser juzgado posteriormente por difamación y calumnia. En el presente caso el riesgo queda obviado al no mencionar a nadie. Pero el recelo que despertará en el pueblo cristiano respecto de centenares de sacerdotes, no quedará fácilmente obviado.

Los firmantes sostienen que representan a la mayoría de los sacerdotes. Por otro lado, al acusar al primer grupo (al menos avanzado) reconocen que es "cada vez más numeroso". ¿Se compaginan bien ambas afirmaciones? La dinámica de las cosas, según la interpretación de los firmantes, parece que traspasará la mayoría al grupo acusado, en constante aumento. No resultará nada fácil, para los fieles, apreciar, sin una estadística objetiva, quién goza de la mayoría. La experiencia política nos recuerda que todos los partidos se atribuyen la mayoría y la representatividad del pueblo, aunque sólo cuenten con un 20 % del electorado. Este tipo de afirmaciones es aceptable en una campaña electoral, pero no para fundamentar una decisión importante de la comunidad.

Por otro lado, siguiendo este camino de aducir representatividad, nos estamos deslizado hacia una Iglesia "democrática", que es una de las herejías atribuida a los sacerdotes impugnados.

DOS IMAGENES DE LA IGLESIA

Si atendemos a la expresión y comparamos esta declaración con otras emitidas por sectores de diferente tendencia, podemos considerar que por ambas partes se han cometido excesos de lenguaje. Un sector denuncia al otro por no ser consecuente con los principios, enunciados por los obispos en el Concilio, en Medellín y en la Asamblea episcopal argentina. El otro sector acusa al primero de desvirtuar e incluso negar los principios doctrinales de la Iglesia. De acuerdo al antiguo principio de moral, las injurias mutuas se compensan. Dejemos, por tanto, de lado el modo y vayamos al fondo de la cuestión: dos sectores del clero con dos imágenes de la Iglesia. Cada uno no se limita a exponer la propia imagen; presenta también la que le atribuye al otro, sin la confrontación necesaria que ofrece el diálogo.

Muchos fieles se preguntan cuál de los dos sectores responde mejor al espíritu de la Iglesia. Muchos no se preguntarán porque tienen la respuesta antes de haberse formulado honestamente la pregunta. Su reacción es, más bien, emocional. Pero muchos otros han tomado posición de acuerdo a lo que su conciencia les pedía. Por ambas partes han sido aducidos los documentos de la Iglesia para respaldar la propia posición. Un sector, el de los firmantes, hace hincapié en los concilios, en todos los concilios de los que el Vaticano II es el último. Pero curiosamente ni mencionan las declaraciones del episcopado latinoamericano en la Asamblea de Medellín, aprobadas por la Santa Sede. El otro sector, en cambio, hace de Medellín y de la "Populorum progressio" su bandera. Tampoco se afligen mucho por los anteriores concilios, y del Vaticano II destacan la "Gaudium et Spes".

Aquí podríamos introducir la pregunta por el presupuesto de estas consideraciones, es decir, por la perspectiva que implica el estar hablando de dos sectores. Cada uno de ellos habla de un solo sector, el contrario. Hablar de dos presupone distanciarse de ambos y colocarse en una supuesta "tercera posición", cuya mera posibilidad será negada por muchos pertenecientes a ambos sectores. Una tercera posición sólo se puede dar si se acepta que las posiciones de ambos sectores son en sí legítimas o, al menos, posibles, lo cual es negado por cada sector. Pretender

valorizar a las dos posiciones puede equivaler a caer bajo el juicio condenatorio de ambas. Y, sin embargo es un riesgo que aceptamos correr.

Valorizar dos posiciones opuestas no significa necesariamente afirmar que dos proposiciones contradictorias sean igualmente válidas. Una tercera posición no es entendida aquí, tampoco, como una tercera afirmación o interpretación de los documentos de la Iglesia. Es entendida, más bien, como un esfuerzo de esclarecimiento en orden a delimitar las respectivas posiciones. Es mucho lo que ambas posiciones poseen en común: la fe en la Iglesia, la confianza en el Espíritu de Dios que mueve al pueblo creyente por los carismas y lo conduce mediante la jerarquía. A partir de este fundamento, nadie podrá considerar a su propio carisma como definitivo y válido hasta no haber sido aceptado por la autoridad de la Iglesia. El Vaticano II ha generado en la Iglesia una multiplicidad de carismas comparable al de las épocas más activas de la Iglesia. Ya en la primitiva comunidad cristiana se produjo un desborde semejante de carismas con la consiguiente confusión. San Pablo, principalmente, dio varias normas para juzgar los carismas.

CARISMA Y JERARQUIA

En un cierto sentido, la autoridad llega siempre "tarde", como le ocurrió al mismo San Pablo, para ordenar los carismas. Pero, precisamente, el carisma se caracteriza por lo imprevisible, por la súbita irrupción del Espíritu de Dios en la historia de su pueblo. No es posible, por tanto, "prevenir" la acción y los efectos de los carismas sino en un sentido muy genérico. Pretender encauzar de antemano los carismas significa correr el peligro de extinguir el Espíritu de Dios. No digamos, entonces, que la autoridad llega "tarde", sino "después".

Dios ha colocado la Iglesia sobre el fundamento de los profetas (los carismáticos) y los apóstoles. Eliminar a uno de ellos es destruir la mitad del fundamento. Conservarlos sin armonía es destruir la unidad de la Iglesia. Y la armonía que aflora del Nuevo Testamento es la de la confrontación del profetismo con la función apostólica de los obispos. Pablo mismo viaja a Jerusalén para confrontar su predicación con la de Pedro y las otras columnas de la Iglesia.

El arrogarse la representación de la verdadera Iglesia, puede ser un defecto común que nace del olvido del papel que desempeña la jerarquía en relación a los carismas. Todos estamos presionando para

que la jerarquía nos dé la razón. La publicidad de las propias ideas no es tampoco ajena a ese espontáneo deseo, y lo que aquí se expone podría también ser tachado de presión sobre la jerarquía. Pero no creemos que merezcamos tal honor, al no poder avalar nuestro escrito con prestigiosos nombres como lo han hecho algunas declaraciones.

Podrá acusarse a la jerarquía de no hablar con suficiente claridad. Pero debemos admitir que pudo tener razones para no pronunciarse todavía sobre situaciones que son más complejas de lo que nos imaginamos. Algunos desearían un arzobispo de Buenos Aires muy enérgico, que retirara del ministerio sacerdotal a todos los que se supone de mentalidad peligrosa. Pero el arzobispo sabe que el Papa no desea los enfrentamientos sacerdotales y que prefiere, más bien, que se busque el camino del diálogo. No faltan sacerdotes que acusen de debilidad al mismo Papa, pero aquí está ya en juego nuestra aceptación de la interpretación del obispo de Roma, no necesariamente infalible pero sí definitiva para nosotros en esta circunstancia.

Si nuestro esfuerzo de comprensión no llega a beneficiar a sectores con los que discrepamos, que por lo menos beneficie a la jerarquía, a la que todos aceptamos. Nuestros obispos comprenden perfecta-

mente que, si por un lado se corre el peligro de ofrecer una imagen de la Iglesia aliada con el marxismo, por otro se corre un peligro no menos grave de otra imagen de una Iglesia aliada con el capitalismo. El que el documento de sacerdotes, publicado el 2 de agosto, haya aparecido juntamente con otro de "prominentes personalidades", no favorece el que se disipe la confusión.

Existe en nuestra arquidiócesis un consejo presbiterial, creado por indicación expresa del concilio. Parece natural, por tanto, que sea éste el órgano de discusión de los problemas sacerdotales. Ignorarlo, sería crear uno o dos presbiterios paralelos, olvidando la voluntad del concilio que coloca al presbiterio bajo la autoridad del obispo. Suponer la tácita aprobación de otros obispos para realizar una acción paralela, parece una interpretación inadecuada del principio de la colegialidad episcopal, que no anula, al menos en su actual codificación, la responsabilidad directa de cada Pastor con su diócesis.

Mientras los sacerdotes se ven abocados a una guerrilla ideológica interna, llega del laicado de las Asociaciones de Apostolado Seglar, una voz muy sensata, exhortando a que la Iglesia no sea arrastrada a ningún extremismo. Puede que ello sea, en el fondo, un signo de la acción carismática del Espíritu en los creyentes. ♦

café

INSTANTANEO

LA MORENITA